

# HISTORIA DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTÉRES ESPECIALES QUE PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO Y BIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MAS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES, CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON LOS RÉCIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO, EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL, EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion  
de Nuestra Señora, en Barcelona.

Cura propio de la parroquia de San Juan,  
en Gracia (Barcelona).

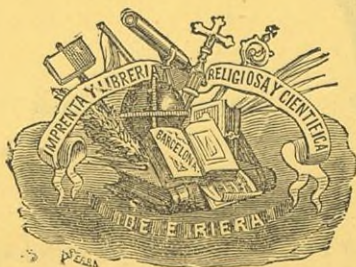
É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PRÉVIA CENSURA DIOCESANA.

---

TOMO PRIMERO.



BARCELONA:  
IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA  
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

calle de Robador, núm 24 y 26.

1876.

Cuaderno 22.



Aunque gentil, aunque perseguidor de los cristianos, no hemos de negar á Trajano sus buenas cualidades, ni dejar de alabar las acciones que sean dignas de elogio, como tampoco el omitir los trabajos que al perpetuar su fama ostentan el sello de su genio.

Aunque hombre de guerra, quiso que al llegar al poder el magistrado valiese mas que el general. Á la gloria del conquistador prefirió la de un buen gobierno; así es que en lugar de los títulos de *Germánico*, *Dácico*, *Párthico*, que recordaban sus grandes conquistas, prefirió el título de *Óptimo* que le confirió el Senado. Protector de las letras, acogía siempre con placer á los literatos y á los filósofos. Mandó llamar á Roma y residir en su corte al griego Dion



Crisóstomo; quiso que el célebre Apolonio de Tyana viviese en el mismo palacio imperial; consideraba á los representantes de la literatura al igual que á los senadores, les trataba como amigos, les recibía en su mesa é iba á casa de los poetas á comer con ellos.

Su carácter emprendedor y activo está marcado especialmente en un monumento. Por la mano de su eminente arquitecto Apolodoro, echó sobre el Danubio aquel puente de mil trescientos sesenta y un metros de estension, con una fortaleza en cada una de sus extremidades; construido en las aguas del rio, á pesar de la impetuosidad de la corriente y de su fangoso lecho, cuyas ruinas han venido siendo la admiracion del mundo, que apenas acierta á comprender que una obra semejante pudiese ser hecha por la guerra y en medio de la guerra.

El puente lleva su nombre de Elio, hoy de San Angelo, sobre el Tiber; consérvase todavía la gran mole redonda, primer objeto que se presenta á la vista del que va á visitar á San



Pedro, recuerdo perenne de tantas guerras y trastornos, mausoleo revestido de riquezas artísticas que tienen diez y ocho siglos de fecha.

Una carretera que atravesaba todo el imperio desde el Ponto-Euxino hasta las Galias, un camino que construyó entre las lagunas pontinas, los puertos de Ancona y de Civitavecchia (*Centum Cellæ*), abiertos á sus expensas, puentes construidos en España y que existen todavía, como el de Alcántara sobre el Tajo, manifiestan la prodigiosa actividad de aquel Emperador.

Pero el monumento en donde está esculpida su gloria inmortal es la célebre columna Trajana.

Después de ensanchar el imperio romano con las conquistas de la guerra contra los dacios, el Emperador tenía derecho á ensanchar la ciudad, y quiso que el espacio añadido á su capital fuese una obra de renombre imperecedero. En el centro de la verdadera Roma, pero en los límites de la Roma legal, entre el Quirinal y el Vaticano, interponíase una colina. Trajano concibió el atrevido propósito de hacerla desaparecer en una latitud de ciento cincuenta metros y una longitud de cuatrocientos. Cuatro grandes Foros (1) había ya en Roma antes del imperio de Trajano; el Romano, el de César, el de Augusto, el de Nerva. La contemplación de aquellos sitios que recordaban los nombres para él mas queridos de la historia romana, le movieron á realizar otra obra de la misma especie que recordase el suyo, con tanta mayor razón cuanto que Roma contaba entonces con seis millones de habitantes. Este Foro venia á ser un museo de grandes monumentos. Tenia por entrada un arco de triunfo, y frente al arco la basílica Ulpia, así llamada del primer nombre del Emperador. Era la basílica Ulpia el mas suntuoso edificio del Foro, de dorado techo, de doble peristilo, con noventa y seis columnas, adornando aquella riquísima fábrica mármoles de varias clases, pavimentos de pórfido, trabajos del mayor coste. Mas allá de la basílica Ulpia figuraban un templo y dos bibliotecas, que fueron en adelante el punto de reunión de los hombres de letras. Dominando aquel conjunto de preciosidades artísticas, se levantaba la columna monumental que subsiste todavía en pié como testimonio del genio emprendedor de Trajano. Los cien piés que mide señalan hasta donde fue rebajado el terreno para convertir en valle la cumbre donde se estendiera el Foro mas suntuoso é importante de la ciudad. La columna está compuesta de treinta y cuatro pedazos de mármol, constando de diez y seis palmos de diámetro por la parte inferior y quince por la superior, coronando su capitel la estatua dorada del famoso Príncipe. Hay además una espaciosa escalera interior, que consta de ciento sesenta y ocho gradas de mármol. La cinta de los preciosos bajo-relieves que la rodea en espiral de veintitres vueltas, puede considerarse como un precioso libro de historia, en que están consignados los hechos mas célebres de uno de los períodos históricos mas interesantes. Allí están escritas las victorias de Trajano, de aquel que se presentó como un competidor del grande Alejandro, que ofreció sacrificios en el palacio mismo en que Alejandro había muerto, y que, lo mismo que aquel famoso general, llegó á encontrar el mundo pequeño para campo de sus conquistas.

Cada período histórico iba añadiendo sus grandes hombres al círculo de generales y de senadores que rodeaban la estatua de Trajano.

En el año 356, cuando hizo Constancio su entrada en Roma, el príncipe persa Hormisdas que le acompañaba, al ver la magnificencia de aquel Foro, dijo al Emperador: «Aquí me siento tentado á olvidar que los hombres son mortales.»

En general los monumentos de Trajano tienen un carácter de gravedad, digno siempre, grandioso las mas de las veces. Aquella escultura está basada en la verdad, en la ciencia; solo falta allí una cosa, la poesía. No hay allí el movimiento, la vida de los tiempos de Augusto, ni mucho menos el ideal de la época griega. Es que el pensamiento humano en aquella

(1) Se daba el nombre de *Forum* á unas plazas en donde se reunía el pueblo para actos públicos, como elecciones, proclamaciones, etc.



época podía marchar, pero no elevar su vuelo, porque le faltaban las alas del sentimiento religioso. El tipo de las épocas heróicas ya no se encontraba en ninguna parte. La historia aun era grande, la poesía habia desaparecido. Es que los dioses se iban, el ideal religioso estaba borrado de aquellas almas y de aquellos corazones; del antiguo espiritualismo ya no quedaba mas que alguna preocupacion ridícula en el pueblo. Cuando los dioses se van, los poetas se van con ellos. El arte para vivir en las regiones de lo sublime necesita respirar en la atmósfera de lo divino. Cuando en las almas no hay nada mas grande que el hombre, todo cuanto se produzca en la poesía, en el arte, ha de ser tan pequeño como el hombre.

Aquella sociedad al levantar los ojos, no sabia elevarse mas allá de sus hombres de poder, de valor ó de genio; allí se detenia, y el poder, el valor ó el genio lo convertia en Dios, divinizando á la personalidad que lo representaba. Se quiso divinizar en vida á Trajano como se habia divinizado á sus antecesores; Trajano tuvo bastante sentido comun para comprender que no habia descendido del cielo; se hubiera sentido avergonzado al ver que se le levantaban altares.

Estas palabras de Plinio al ocuparse de Trajano nos dan á conocer la degradacion de aquella época: «Fue una cosa sorprendente el que despues de quince años de divinidad de Domiciano se tuviese que saludar en el príncipe, no á un dios, sino á un simple mortal. Cualquiera otro hubiera tenido víctimas, estatuas de oro y de plata, imágenes de rostro radiante como el sol. Trajano entraba en los templos como adorador, no como adorado... No tuvo mas que una estatua de bronce modestamente colocada en el vestibulo del templo de Júpiter.» La divinizacion la reservaba únicamente á los difuntos. Valiéndose de su reconocida omnipotencia, hizo entrar en el cielo á su padre adoptivo Nerva y á su padre natural Ulpio Trajano; pero para que entraran él, su esposa y su hermana, quiso esperar la muerte. Era un buen sentido bastante raro en aquella época. Trabajo le costó el evitar su divinizacion.

Pero si Trajano no era dios oficialmente mientras vivió; si no tenia altares ni sacrificios, no obstante, los paganos reconocian de hecho su divinidad, le declaraban omnipotente; su voluntad, su capricho era ley á la que nada ni nadie hubiera osado sobreponerse. Atendidas las ideas y la organizacion de aquella sociedad, la divinizacion del Emperador era indispensable.

Por mas que aparentara inclinarse ante lo que quedaba todavía de formas republicanas, él lo podia todo, lo hacia todo, lo era todo. Se proclamaba inferior á las leyes (1); pero antes se daba buen cuidado de que no fuese ley sino lo que á él le acomodase. Restauró el ceremonial antiguo de subir á aquella tribuna, á la que ya nadie subia, para jurar, en su cargo nominal de cónsul, fidelidad á una ley que él podia hacer y deshacer á su gusto. Estableció una parodia de comicios; pero eran comicios donde no se votaba, y hacia flotar en lo alto del Janiculo una inocente bandera para cerrar una asamblea que no se habia reunido. Dejaba á los tribunos del pueblo que tomasen por lo sério una tribuna que en realidad no existia, como toleraba el que unos cuantos amantes de antigüedades jugasen á la república, porque esto no comprometia nada. Habló de libertad: era esta una palabra obligada en la boca de los emperadores, aun los mas déspotas; pero todo no pasaba de una comedia que en aquellos tiempos se creia de buen gusto y en particular de buen resultado.

Nadie como él supo lisonjear al pueblo con ciertas formalidades. Restableció la costumbre abandonada desde mucho tiempo por sus antecesores, de solicitar por sí mismo el consulado. Despues de haberlo recibido de los senadores, vestido con el blanco traje de los candidatos, se presentaba en el Foro él mismo á recibir la dignidad consular que sus antecesores aguardaban sin salir de su palacio. Allí, puesto en pié, ante el cónsul que estaba en ejercicio, ofrecia su casa y su cabeza á los dioses, si cometia accion alguna contraria á las leyes. Todo se reducía á una escena de teatro. El pueblo aplaudia con frenesí, mientras que Trajano recibia aquello que nadie se hubiera atrevido á disputarle.

(1) *Non est princeps super leges, sed lex super principem.* Plin., pág. 65.



Al entrar en el Senado, ante aquel cuerpo tan degradado, que no se reunía sino para establecer una baja competencia de miserables lisonjas á la persona del Emperador, que no sabía votar sino acciones de gracias ó estatuas al príncipe, y que si se constituía en tribunal era para hacerse cómplice de caprichosas y sangrientas venganzas que tomaba el jefe del Estado, con el pretexto de alguna acusación de lesa majestad, Trajano les exhortó á hablar libremente y á compartir con él los cuidados del interés público. Los senadores contestaron con una frase que manifiesta que reconocían en el Emperador la única fuente de todo poder: «Seremos libres, *porque tú lo quieres*; daremos á conocer nuestros pensamientos, *porque tú lo quieres*.» Sin embargo, aquel Senado en vez de ser la libertad, no era mas que un estéril parlamentarismo. Allí se hablaba hasta de política; algunas veces hasta se llegaba á discutir. Pero al fin, se decretaba solamente lo que Trajano quería.

Para ser un grande hombre en la acepción verdadera de la palabra, á Trajano le faltaba una cosa, que era el saber hacerse superior á su tiempo, cualidad que solo se encuentra en los genios de primera fila. Con algun esfuerzo mas, tal vez Trajano hubiera alcanzado esta grandeza. Resolvió actos que su siglo, no solo no los comprendía, sino que hasta los reprobaba.

Sabido es el desden con que las instituciones del paganismo consideraban á los niños. Respecto á la infancia, era aquella una sociedad sin entrañas. Un hombre eminente como Ciceron, que no dejaba de hacer alarde de moralista severo, decía: «Cuando un niño muere joven uno se consuela fácilmente; cuando muere en la cuna ni siquiera nadie se ocupa de ello.» Un príncipe que se interesaba por la infancia, y, no obedeciendo á una impresión pasajera, sino que entre los esplendores de su palacio, cubierto por la deslumbradora auréola de su popularidad, se acordaba que habia, no solo en Roma, sino en toda la Italia, una generación que crecía en las estrecheces de la indigencia, impedido su desarrollo por las privaciones de la miseria, hasta del hambre; que atendía á las necesidades de aquella generación, por una serie de medidas inteligentes, y hasta aseguradas para el porvenir en cuanto lo permite la debilidad humana, esto era mas que alta política, esto era beneficencia que casi llegaba á rozarse con la preciosa virtud de la caridad que no acertaba á practicar ni aun á concebir un pagano. Es un merecido elogio de Trajano aquel pensamiento de Plinio: «Hasta ahora hemos visto que al acercarse el día en que habia de tener lugar una largueza imperial, enjambres de niños se agrupaban en la vía pública aguardando que pasase el príncipe. Los padres se afanaban en ponerlos á la vista del Emperador. Los levantaban sobre sus hombros haciéndoles pronunciar á la presencia del príncipe palabras de adulación ó de súplica. Por regla general, estas súplicas solo llegaban en confuso murmullo á oídos del príncipe, que fingía no apereibirse de ello, y los jóvenes solicitadores, ignorando á la vez la petición que habian hecho y el reproche que habian recibido, debían aguardar, para ser partícipes de la munificencia imperial, el llegar á la edad en que pudiesen tener entera conciencia de sus necesidades. En cuanto á tí, dice á Trajano, tú no quieres ser solicitado siquiera; no esperas á que te vean y te supliquen; sino que eres tú quien les llamas, para que desde la primera niñez reconozcan al padre de la patria en aquel que les asegura su existencia.»

Jamás un hecho parecido habia tenido lugar en el mundo romano. Nunca se habia visto aquella compasión, solicita para el presente, previsorá para el porvenir; era desconocida aquella política que se ocupaba de las necesidades que, sin dar de momento nada que temer, podían ser peligrosas para lo futuro; constituían un hecho sin precedente aquellas madres con sus hijos en los brazos, ocupando en las monedas y en los bajo relieves los puestos que antes ocupaban los hombres de la guerra. ¡Socorrer á una multitud de niños, solo porque son niños y son desgraciados! No habia llegado á tanta altura Séneca, que preceptuaba el infanticidio para los infantes deformes ó enfermizos.

En tanto una acción semejante no era de aquel tiempo, que es el mismo escritor contemporáneo Plinio quien lo consigna: «Tanta liberalidad no fue popular.»

Habia en ello una inspiración desconocida al mundo pagano. ¿Qué era, qué significaba



un hecho semejante? ¿A qué precedente obedecía? Era la predicacion cristiana, que desde distancias desconocidas, por medio de ecos mas ó menos fieles, por conducto de intérpretes involuntarios iban á sorprender aquel corazon, al que no pueden negarse instintos generosos. Era la palabra de un Pedro, de un Clemente, pronunciada en secreto en el fondo de las Catacumbas, pero que de allí se habia repetido en la calle, en la escuela ó en la cárcel, que sin saber cómo habia subido hasta el palacio. Trajano, ignorándolo él mismo, cedia al efecto misterioso de esta palabra: «Dejad que vengan á mí los niños.»

Aparte de este esfuerzo, que le elevaba sobre su época, es menester confesar que por regla general Trajano era un hombre de su tiempo, amaba los placeres de su tiempo, tenia las preocupaciones, hasta los vicios de su tiempo. Aficionado á los deleites de la mesa, aquel que se tenia por señor del mundo era esclavo de la embriaguez; el que se presentaba con tanta majestad en el Capitolio, en el Foro, se degradaba en sus banquetes haciendo visajes los mas ridículos. Tuvo que tomar la precaucion de que no se obedecieran las órdenes que dictara despues de comer.

En aquellas sociedades en que el hombre de riqueza ó de fuerza era mas que hombre, pues subia nada menos que á la altura de la divinidad; el hombre sin dinero, sin patria, sin hogar, el infeliz esclavo era menós que hombre, equiparándosele á las bestias de carga. Trajano, á pesar de la claridad de su inteligencia, no acertó á comprender que un esclavo era un hombre, y por ello le felicita su panegirista Plinio.

Aquella sociedad, que se alimentaba con el lodo de un materialismo el mas repugnante, se embriagaba con la sangre de los gladiadores primero, de los cristianos despues. En pié se halla todavia el Circo como un testigo que está acusando constantemente la sangrienta barbarie de aquellas costumbres, como un perenne anatema contra aquellos césares. Trajano no se opuso á los espectáculos del Circo; muy léjos de ello, mejoró el edificio destinado á semejante lucha, y el que se complacia en la sangre de los combates, se complacia aun mas, aplaudia frenético las tristes escenas del anfiteatro. En el segundo triunfo de Trajano sobre los dacios, diez mil hombres tuvieron que luchar contra diez mil fieras en honor del mas clemente de los emperadores.

En la antigüedad griega y romana encontramos una monstruosa confusion entre la vida religiosa y política, sometiendo aquella á esta. El emperador era pontífice solo porque era emperador; de esta suerte la religion podia convertirse fácilmente, no solo en recurso de gobierno, sino en instrumento de despotismo. La falta de fe en el paganismo era un crimen contra el emperador, como la falta de fe en el emperador era un crimen contra el paganismo. El derecho político y religioso estaban mezclados con una confusion tal, que no podia conducir sino á la tiranía. De esta confusion surgieron los perseguidores, contándose á Trajano en este número.

Ya en aquella época el Cristianismo empezaba á tomar proporciones altamente alarmantes para la suspicacia pagana. Segun testimonio del gentil Plinio, los templos gentílicos empezaban á estar desiertos, los sacrificios olvidados, los vendedores de víctimas arruinados. No solo las ciudades, sino las aldeas eran invadidas por la nueva religion. Las mujeres como los hombres, los niños como los adultos, los esclavos y los pobres lo mismo que los libres y los ricos, se dejaban ganar por la esperanza en un reino celestial en donde no hay «ni pobre ni rico, ni libre ni esclavo, ni hombre ni mujer, sino que todos son uno en CRISTO JESÚS (1).»

Que Domiciano se hubiese complacido en cometer las mas atroces crueldades contra los cristianos se concibe muy bien, atendido su carácter y sus pasiones. Pero cabalmente Trajano era el reverso de la medalla de Domiciano; la política de aquel era completamente distinta de la de este; lo que este reprobó aquel lo aplaudia; aquel se complacia en elevar á la apoteosis lo que este habia hecho el blanco de sus anatemas. Domiciano desterró á los filósofos; Trajano les llamaba á su mesa y se complacia en tenerles á su lado. ¿No podia esperarse que

(1) I Ad Galat., III, 28. — Colos., III, 11.



los cristianos figurasen tras del carro del conquistador, ya que no como triunfadores, al menos como emancipados? Cuando cesaban las proscripciones, cuando se prohibía el espionaje, cuando reaparecía la libertad del bien, cuando un príncipe idólatra se constituía en protector de los pobres y de los huérfanos, ¿no era de creer que el mundo iba á entrar en la vida cristiana por la ancha puerta de la caridad? Aquella mano gentil que se alargaba ante la indigencia, ¿no parecía que no habia de faltarle sino el ser santificada por el bautismo?

En Trajano por primera vez aparece el Cristianismo, siempre inocente, siempre irreprochable, llamado á juicio ante un poder honrado; y no obstante, en este juicio se le condena. ¿Cómo se explica esto?

Téngase en cuenta que la honradez pagana tenia lamentables vacíos. Prescindiendo de la pasión de Trajano por los placeres de la mesa, que le llevaba con tanta frecuencia á la embriaguez, no se olvide que en Asia sacrificaba los intereses de su ejército y de su país á la seducción de amores los mas culpables; que hacia la guerra con la mayor crueldad; que pagaba las cabezas que se cortaban para que se paseasen despues en la punta de las picas como trofeos de victoria; que entregaba ciudades al incendio; que legiones enteras eran pasadas á cuchillo, y que á todo esto hay que añadir las mujeres y niños reducidos á esclavitud, las emigraciones forzosas de trabajadores de la tierra, los suicidios de vencidos desesperados. Y semejantes crueldades se escribían sobre el mármol y se celebraban con ciento y veinte y tres dias de fiesta. El que así derramó la sangre de los vencidos no habia de ser muy escrupuloso en derramar la de los cristianos.

Por otra parte, habia la presión popular, y Trajano era bastante débil para no ceder ante ella. Á los ojos del pueblo los cristianos eran unos criminales, manchados con todos los delitos, capaces de todas las infamias. Sus reuniones, sus viajes, sus visitas á los presos, á los enfermos, á los pobres; su lenguaje ininteligible para un gentil, todo esto hacia de la Iglesia cristiana una vasta sociedad secreta, que á medida que mas iba en aumento, las gentes del pueblo la juzgaban mas peligrosa.

¿Por ventura no es de sospechar, decían, que sus reuniones sean clubs en donde se conspire contra el Estado? ¿Quién sabe si en el fondo de las Catacumbas se alimenta un futuro César? Estas asociaciones esparcidas por todo el mundo, pero unidas por un lazo comun, esas agapas (1), ese dinero que allí se entrega y que despues se distribuye, no hace del Cristianismo una sociedad secreta de gran poder? Y despues de todo ¿qué se les pide? Que murmuren una plegaria ante Júpiter, que quemén un grano de incienso. Esto lo hacen los epicúreos, los escépticos, hasta los ateos, ¿por qué no han de hacerlo los cristianos?

Trajano, el amigo de los filósofos, el que tomaba parte en sus burlas contra el paganismo, no creía en aquellos dioses de madera ó de mármol. Hé aquí por que, durante su persecucion, no vemos el ensañamiento de otra época de fanatismo pagano. Todo se reducía para él á cuestion de interés personal y de conveniencia política. Para atender á estas cosas, Trajano, como todos los gobernantes de su tiempo, no tenia inconveniente en sacrificar millares de víctimas.

En confirmacion de lo que venimos diciendo, tenemos la correspondencia que medió entre Trajano y Plinio.

«Me hago un deber, escribia Plinio al Emperador, de someterte todas mis dudas. En el país confiado á mi gobierno nunca he asistido á las causas incoadas contra los cristianos; así es que respecto á ellos no sé ni lo que tengo que investigar, ni lo que tengo que reprim-

(1) Dábase el nombre de *agapas* á las comidas que los primitivos cristianos celebraban en comunidad, en conmemoracion, segun algunos autores, de la cena de JESUCRISTO con los Apóstoles, en la que se realizó por primera vez el milagro de la transustanciación y dió el divino Maestro aquellas enseñanzas de caridad que habian de ser la base del código moral del mundo cristiano. El ósculo de paz que se daba al fin de estas comidas, es otra prueba de que se hacían en recuerdo de la Cena; el mismo nombre de *agapas*, vocablo griego que significa *amor*, da á entender que su objeto era conservar y estender la fraternidad entre los cristianos, y san Agustin con-signa que los ricos las daban para alimentar á los pobres. *Agapes nostræ pauperes pascunt, sive frugibus, sive carnibus*. Parece que esta institucion degeneró, de suerte que ya el mismo san Pablo se lamentaba de que en su tiempo no se les daba el verdadero carácter. Estas reuniones fueron abolidas por el Concilio de Cartago en 397.



mir, ni con qué medida... Cuando no existe otro delito ¿es ya un delito el ser cristiano?... Hé aquí mi modo de obrar. Les pregunto si son cristianos. Apoyado en su afirmacion, renuevo la pregunta dos y tres veces, amenazándoles con el tormento. Si persisten, les mando conducir al suplicio. He tenido necesidad de interrogar por la tortura á dos mujeres esclavas, á las que se daba el título de diaconisas. No he hallado en ellas sino una supersticion escésiva. He dilatado el proceso, y te pregunto qué es lo que debo hacer.»

En la respuesta de Trajano se echó de ver su indecision. «Mi querido Secundo, dice el Emperador; en los procedimientos respecto á los que se te denuncian como cristianos has seguido la conducta que debias. No es posible acerca el particular establecer regla fija. No se debe buscarles; cuando se les denuncia, es menester castigarles; pero si un acusado niega que sea cristiano, y por medio de actos confirma su negativa, es decir, invocando á los dioses, por sospechoso que sea su pasado, se le debe perdonar (1).»

Mejor que una respuesta, lo que dijo Trajano parece una evasiva. Se le pregunta si el ser cristiano constituye ya de suyo un delito, y el Emperador no responde. Para los cristianos no quiere que se emplee un sistema de policia, pero quiere que se les castigue cuando confiesen su fe; es decir, no quiere sobreponerse ni á la luz pagana ni á la preocupacion popular de su época.

## II.

### Primeros perseguidos de la época de Trajano.

Entre los mártires de aquella época cuéntase al Papa san Evaristo. Originario de una familia griega, ostentaba por su talento la inteligencia en que tanto sobresalieron en otro tiempo los helenos, á la par que habiendo nacido en Belen, la ciudad santificada por la cuna del Salvador del mundo, parece que habia recibido un sello de santidad que se daba á conocer en todos sus actos. Hizo sus estudios en la capital del mundo, en Roma, en donde por su piedad y su saber fue reconocido soberano Pontífice. Dispuso que los obispos no predicaran sino rodeados de siete diáconos, á fin de que, siendo estos testigos de sus predicaciones, no diesen crédito los cristianos á las calumnias que propalaban los gentiles contra la santidad de la predicacion cristiana. Evaristo distribuyó á los presbíteros los *titulos*, es decir, las iglesias de Roma, de lo que tratan de deducir algunos que este Pontífice fue quien instituyó los cardenales. Añadió algunas ceremonias al rito de la consagracion de las iglesias. Este era el obispo de Roma durante una larga época del reinado de Trajano, quien le condenó á muerte depositándose sus cenizas en el Vaticano.

El Emperador no perdonó ni aun á sus domésticos. Contábase entre estos uno que se llamaba Jacinto. Oriundo de Cesarea, habia entrado de camarero en el palacio del Emperador, que le distinguia de una manera especial. Como buen cristiano sabia que una de las principales virtudes de la Religion es la obediencia á los superiores, en los que se ve una representacion de la divinidad. Jacinto era exactísimo en cumplir las órdenes que se le daban. Formada su conciencia con los principios de justicia cristiana, distinguianse por una integridad la mas escrupulosa; por lo que el Príncipe y toda su familia depositaron en él una entera confianza. Á pesar de vivir en el palacio de un perseguidor del Cristianismo, Jacinto no guardaba su religion oculta en el fondo de su alma, sino que hacia pública confesion de cristiano, invocando el santo nombre de JESUCRISTO con mucha frecuencia. Vino un dia en que en la casa del Emperador se comieron las ofrendas consagradas á los dioses, y Jacinto tenia que participar de la comida comun. Jacinto creyó que al contaminar su cuerpo con aquellos manjares que representaban la supersticion pagana, por este hecho manchaba su espíritu. Haciéndose superior á

(1) Plinio, Ep. x, 97, 98.



todo respeto humano, aunque sabia que en aquella misma casa se albergaba el que iba á llamar contra él los verdugos, y que no se toleraria un hecho que, habiendo pasado en presencia de muchas personas, no podria guardarse oculto ni dejarse impune sin escándalo de los gentiles, que no habian de consentir tales cosas en el mismo palacio imperial, se negó resueltamente á comer lo que se le presentaba. Llegó inmediatamente el suceso á noticia del Emperador. Sin duda, atendido el aprecio en que tenia á su camarero, se hubiera contentado con un pretexto cualquiera que pudiese salvar la responsabilidad del Príncipe pagano. Jacinto creyó que no debía excusarse; se le presentaba una ocasion para proclamar solemnemente su fe, y así lo hizo. No desesperó Trajano de poder reducirle, pues no se resignaba á la pérdida de un servidor tan fiel, de cuya conducta hacia siempre los mas entusiastas elogios. Mandóle encerrar en un calabozo. Á las horas de comer ordenaba que se presentasen al preso manjares inmolados. El probarlos tan solo habria sido bastante para restituirle á la gracia del Emperador. Jacinto se resistió constantemente. Todos los dias se repetia varias veces la prueba y siempre la misma constancia, siempre el mismo valor. Pálido, perdidas todas sus carnes, sin poder sostenerse, próximo á morir, se le brindaba á salvar su vida, regalando su paladar con platos á la vez abundantes y exquisitos. Cada vez la misma negativa. Jacinto acabó por morir de hambre. El martirio del hambre es un martirio largo y cruel; Jacinto supo sufrirlo con la heroicidad propia de los grandes santos.

Mazon, Eutiquio y Victoriano, domésticos de Flavia Domitila, reducidos á destierro en época del emperador Domiciano, vieron abrirseles nuevamente las puertas de Roma por una disposicion de Nerva. En el Parto, donde fueron desterrados, lo mismo que en Roma, siguieron fieles la fe de Cristo, sin que les intimidara el rigor de Domiciano, ni les ablandara la generosidad de Nerva. Si en tiempo de Trajano se hubiesen reducido únicamente á practicar su fe en el interior de su hogar, nadie les hubiera denunciado, porque durante su imperio, una denuncia, léjos de poder formar parte de un proceso, daba lugar á que se procediese contra el acusador. Los dependientes de Flavio Domitila no se limitaban á ser creyentes sino que se constituian en apóstoles, en propagandistas; y la fe que abrigaban en el fondo de su corazon la proclamaban públicamente. Ante este alarde público de su adhesion al Cristianismo se les intimó varias veces á que juraran no contrariar la religion del imperio. Nada pudo obtenerse. La menor excusa hubiera bastado. Léjos de excusarse, cada palabra que pronunciaban era una nueva y una solemne confesion de su fe. Los tres caminaron satisfechos hácia el suplicio.

### III.

#### Domitila.

En los primeros años de Trajano la persecucion estalló, no general ni ordenada por el Emperador, sino local, tumultuosa, escitada en varias provincias por la violencia del populacho (1).

Así es como pereció la vírgen Domitila, de la que vamos á dar algunos datos.

Perteneió esta señora á la primera nobleza romana, en su carácter de prima del emperador Domiciano.

Convertidos á la fe cristiana por medio de las predicaciones de san Pedro sus dos domésticos y hermanos de leche Nereo y Aquileo, de tal modo le impresionó la conversacion y los buenos ejemplos de aquellos dos cristianos, que se persuadió Domitila de que habia de ser una religion descendida del cielo la que inspirase una conducta tan ejemplar. Su posicion distinguida, sus vínculos de estrecho parentesco con el Emperador, su influencia en la corte,

(1) Eusebio, III, 26.



sus estensas relaciones sociales, hacian altamente difícil su conversion, sobre todo en la época de Domiciano, en que la persecucion se presentaba tan sangrienta. Domitila, sin atender á nada, pidió que se la instruyese en la religion cristiana y solicitó el bautismo.

Próxima á enlazar para siempre su vida con la de un caballero de la mas ilustre aristocracia, llamado Aureliano, salió un dia de su tocador espléndidamente ataviada para realzar en presencia del que iba á ser su esposo su hermosura natural con los adornos del arte.

Juzgó que sus criados mismos admirarian tanta hermosura unida á tanta riqueza, cuando con mucha sorpresa suya, en vez de oír de boca de Aquileo una palabra de aplauso por su exquisito gusto en ataviarse, este la dijo:

—En verdad, Domitila, estás admirable; pero no has pensado en una cosa; y es que estas joyas, este oro, esta pedrería han de tener su fin.

—¿Querías decirme no mas que esto?

—No sé si será mucho atrevimiento de mi parte; pero estás, Domitila, acostumbrada á escuchar de mi boca grandes verdades; permíteme, pues, que te diga que el cuadro de esta hermosura que hace resaltar tanta riqueza habrá de marchitarse antes que estas riquezas mismas, pues todo acaba al fin en un poco de polvo.

—¿Qué quieres decir con esto, preguntó algo desabrida la prima del Emperador?

—Que por mucho que el que has escogido para esposo sea el hijo de un cónsul, podrias dedicar tanta riqueza y tanta hermosura á algo que valiese mas.

Absorta se hallaba y sin contestar Flavia Domitila, cuando Aquileo prosiguió:

—Es demasiada belleza para adornarla con oro; merece ser adornada con algo que vale inmensamente mas; con las grandes virtudes del espíritu. Tus aderezos no debe proporcionarlos la tierra que los guarda en sus profundidades; debe proporcionarles el alma en lo que ella tiene de mas rico y mas sublime, que es la pureza cristiana. Domitila, para tí hay otro esposo que vale mas, inmensamente mas que Aureliano, es... JESUCRISTO. Las bellezas que á Él se cosagran no se marchitan nunca, pues para ellas guarda los mas ricos aromas en su jardín, que es el cielo. Si te complaces en ser rica, en ser noble, puedes ser algo mas; puedes ser ángel. Has triunfado de las preocupaciones paganas; puedes obtener todavía otro triunfo, y este lo obtendrás por medio de la virginidad.

Era un lenguaje demasiado sublime y valia por otra parte Domitila demasiado para no comprender toda su fuerza. Una palabra del Papa san Clemente, que era tambien primo suyo, para que aprobase su resolucion, bastó para que se decidiese resueltamente á consagrar su virginidad á JESUCRISTO.

Domitila fue denunciada, se la arrojó de su palacio, se la privó de todos sus bienes y se la desterró al Ponto.

Mas adelante fue conducida á Terracina. Aureliano no cejaba en sus pretensiones. Fue en pos de ella al Ponto, á Terracina; pero sin que la virtuosa vírgen, á pesar de todas las amenazas, desistiera de su propósito. En Terracina, en donde fue conducida en tiempo de Trajano, á instancia del que pretendia ser su esposo, se la encerró en una habitacion, permitiéndole el ser servida por dos vírgenes cristianas.

Aureliano murió en Terracina, tras de los desórdenes de un baile. El fanatismo popular acusó á Domitila de la muerte de Aureliano. Las turbas se echaron sobre la casa donde se habia encerrado á la vírgen y pegaron fuego al edificio. Al dia siguiente se encontró á Domitila y sus compañeras arrodilladas en tierra, con los brazos estendidos en actitud de plegaria, ahogadas por el humo. La ilustre santa Paula quiso ir al Ponto á visitar aquellos sitios que habian sido testigos del valor de santa Domitila, á la que santa Paula consideraba como modelo de vírgenes de JESUCRISTO.

Junto á las termas Antoninas, en la antigua via Appia, hay una iglesia modesta, que ocupa el mismo sitio que ocupó un dia el templo de Isis. Se remonta al siglo V. Se le da el nombre de *Fasciola* (la venda), porque segun una tradicion, al caminar hácia el suplicio los



Apóstoles san Pedro y san Pablo se le desprendió allí á san Pedro una de las vendas que cubrían sus heridas. Este antiquísimo oratorio lleva los nombres de Flavia Domitila y de sus dos servidores Nereo y Aquileo, que tanto contribuyeron á su conversión; allí se guardan sus restos, siendo en aquel mismo sitio donde el Papa san Gregorio pronunció su Homilía XXVIII, que se encuentra aun en el Vaticano, conservándose en el templo de santa Domitila la silla de mármol desde donde el Romano Pontífice dirigió la palabra al pueblo, cuyos primeros períodos se grabaron mas tarde en caracteres góticos en el respaldo de la misma silla.

Restaurado este templo á últimos del siglo XVI, siendo titular del mismo el sábio cardenal Baronio, el cuerpo de la Santa y de sus dos criados, que habian sido trasladados á San Adrian, fueron devueltos á su antigua cripta, dándose á la procesion el carácter de triunfo, que bien merecian de parte de los cristianos aquellos que tan heroicamente supieron sostener su fe. Las santas reliquias, á cuyo traslado asistió Roma entera, fueron conducidas por la via Sacra y por los arcos de Tito y Constantino. El Foro, el Capitolio, adornados como en las grandes festividades, vieron pasar aquel cortejo triunfal; pero allí no iban esclavos que tuviesen que llorar perdida la independencia de su patria; allí no iban guerreros cubiertos con la sangre de los vencidos; allí no iban infelices víctimas destinadas á perder su vida para servir de diversion á Roma; muy léjos de esto, todo respiraba mansedumbre y caridad, resonando sublimes cantares que nunca resonaron en la capital del mundo en los dias de los emperadores y de los césares.

El Papa san Clemente, que era romano, discípulo de san Pedro y cooperador de san Pablo (1) en la propaganda evangélica, denunciado por una parte del pueblo, aunque defendido por otra, fue conducido ante el prefecto de la ciudad, que se llamaba Mamertino. Este consultó al Emperador, que se hallaba ausente, el cual se limitó á desterrarle al Chersoneso Táurico, donde le arrojaron al mar.

Durante algun tiempo pareció que la persecucion se calmaba; pero fue para volver á revivir con mayor fuerza. Vencedor Trajano de Decéballo y próximo á triunfar en Oriente, sentia que *fuesen solo los cristianos los que no se le sometieran* (2). Hubo ocasiones en que pareció que se trataba de realizar contra los cristianos, ya numerosos en todas partes, una batida general. La persecucion se dirigió principalmente contra los obispos, á fin de que hiriendo á los pastores se dispersara la grey.

Astio es crucificado en Dyrraquium. Siete cristianos que, huyendo de Roma á causa de la persecucion, ven puesto en la cruz el cadáver del santo Obispo, se acusan mutuamente de su cobardía, se declaran cristianos y son arrojados al mar.

#### IV.

##### Ignacio, Obispo de Antioquía.

Ignacio de Antioquía, otra de las víctimas de la persecucion de Trajano, bien merece que le dediquemos capítulo aparte. Discípulo de san Juan, habiase comunicado á su corazon la vivísima llama de caridad que tanto ardía en el pecho del Evangelista del amor; ocupando la silla de Antioquía, que ocupó tambien san Pedro, parece que el Príncipe de los Apóstoles le habia inspirado su fe entusiasta y su actividad en propagarla por todas partes.

Pocos héroes recuerda la historia que manifiesten tanta entereza en defender sus principios ni tanto valor en morir por ellos. Pero el valor de Ignacio no era el de esos héroes que hacen fastuosa ostentacion de la fuerza de su espíritu; no era un alarde inspirado por el orgullo, ni

(1) *Etiam rogo et te, germane compar, adjuva illas, quæ mecum laborara verunt in Evangelio cum Clemente...* Ad Phil., iv, 3.

(2) *Actas de de san Ignacio, 1.*



un insulto á sus enemigos favorecido por el amor propio. Solo el Cristianismo puede presentar tanta grandeza unida á tanta humildad, tanto valor acompañado de tan extraordinaria mansedumbre. Ignacio de Antioquía es una nueva demostracion de lo que puede el sentimiento cristiano para acrecentar las fuerzas del alma. Diríase que en Ignacio no habia mas que alma; los sufrimientos del cuerpo le impresionaban tan poco, que durante su persecucion vemos que se ocupa de todo, de los progresos de la fe, de las necesidades de sus prójimos, de los cuidados que exige la naciente Iglesia, de todo, menos de sí mismo.

Ignacio, que es un mártir por sus padecimientos, es uno de los grandes doctores de la Iglesia por el saber que brilla en sus admirables escritos. No se ve allí una ciencia empalagosa que tiene fiebre de hacer ostentacion de sí misma y que se reviste de adornos para ocultar tras las bellezas ó hinchazon del estilo la esterilidad de una idea, ó el artificio de un sofisma.

En san Ignacio, al través de la sencillez de la verdad que encanta, se halla una sublimidad que admira. Cada frase es un pensamiento que derrama sobre el mundo nuevas luces.

Como santo es una de las personificaciones mas elevadas del sentimiento religioso, tal como lo enseñó JESUCRISTO. Su vida es el Evangelio en accion. En hombres como Ignacio de Antioquía, la religion cristiana, cuyo sello de dignidad no podemos menos de descubrir, sea cual sea el respecto bajo el cual la estudiemos, nos aparece con todo su encanto de sublimidad; y así como el sol se nos presenta mas hermoso si lo contemplamos poco despues de la aurora al deramar sobre la tierra sus primeros rayos, así nos parece mas brillante el sol del Cristianismo al estudiarlo personificado en uno de lo varones eminentes que figuraron en su aurora. Se le llama Teóforo, esto es, *Lleva-Dios*. En cada una de sus palabras, en cada uno de sus actos parecia percibirse algo de divino que justificaba este título con que le distinguió la discreta piedad de los primitivos creyentes.

Originario de Roma, como parece indicarlo su nombre de *Ignatius* ó *Egnatius*, por sus altas cualidades se le creyó el mas á propósito para elegirle Prelado de la capital de la antigua Siria, de la Antioquía la Grande, *Antiochia Magna*, como se la llamaba, de aquella Antioquia que llegó á aventajar en poder y en riqueza á la misma Roma, cuyo recinto llegaba á contener medio millon de habitantes, y de cuya antigua magnificencia queda un débil recuerdo en los restos de sus murallas, de sus acueductos y de sus catacumbas, que han podido librarse de los estragos de los terremotos. Tan importante se creyó á la capital de la Siria, que el mismo Príncipe de los Apóstoles principió por establecer allí su sede á fin del reinado de Tiberio.

El solo hecho de que le fuese confiada la sede de la antigua Atenas de Oriente, que continuaba siendo todavía en su tiempo uno de los grandes emporios del comercio, basta para darnos una idea de la alta estima en que se tendria á san Ignacio.

Elocuentes testimonios dió de merecer la confianza que en él se depositó.

Era ya Antioquía la patria de san Lucas, como lo habia de ser mas adelante de san Juan Crisóstomo. Faltaba que se añadiese á la que ya era una ciudad célebre en los anales del Cristianismo, el que pudiese considerársela como la patria de san Ignacio.

Consagrábase á las tareas del apostolado con toda la actividad que era indispensable en una metrópoli tan vasta y en un periodo en que no solo se necesitaba conservar la fe, sino difundirla. Ignacio tenia una pretension noble; la de hacer que aquella ciudad, que era ya un monumento de la historia, lo fuese aun mas para la religion de JESUCRISTO. Allí él con su palabra y con su ejemplo enseñaba á orar y á amar; es decir, á elevar el alma y enardecer el corazon, realizando el plan de engrandecimiento del hombre, cuyo verdadero ideal solo en el Cristianismo se encuentra.

En su tiempo encontramos ya en Antioquía el culto cristiano, no con la humildad de la época primitiva, sino con los poéticos esplendores que habian de desarrollarse mas adelante con la paz de la Iglesia; y que habian de contribuir, escitando el sentimentalismo mas puro, á la conversion de tantas almas. Como genio organizador, estableció Ignacio coros, en que



grandes masas de cristianos entonaban himnos al Señor, y de esta suerte, aquellos que no tenían mas que un solo corazón y una sola alma, se confundían en una comun armonía para elevar al Todopoderoso una misma plegaria.

Ignacio no era solo el pastor de Antioquía, era además el consejero de muchos de los pastores de las nacientes iglesias.

Su gran popularidad no se limitaba á los cristianos, pues entre los sectarios del paganismo habia no pocos que le tenían en grande aprecio, estendiéndose su fama, no solo por todo el Oriente, sino llegando hasta la misma Roma, que acostumbrada al ruido de los grandes guerreros ó de los opulentos césares, parece que no habia de fijar la atención en un modesto obispo de la naciente cristiandad.

Á aquella vida le faltaba una corona; la del martirio. No hay que decir el ansia con que la esperaba Ignacio.

Habiase desarrollado en los cristianos mas eminentes de aquella época un deseo vehemente, el de ser mártires, de subir al monte sagrado de la inmolation santificado por las huellas de JESUCRISTO y los Apóstoles.

Pasó la persecucion de Domiciano sin que Ignacio llegara á ser mártir. Fue para él una contrariedad. Abrigaba el presentimiento, para él feliz, de que habria de empuñar al fin la codiciada palma.

—Mucha suerte ha sido, se le dijo en cierta ocasión, la de que tú y tu iglesia de Antioquía pudiéseris gozar de paz durante la época de Domiciano.

—Para mí, contestó con su acostumbrada naturalidad el virtuoso Obispo, no ha sido suerte; ha sido que no hay premio sin mérito, y el de ser mártir yo aun no lo he contraído.

—¿Qué crees que te falta?

—Dos cosas: la perfeccion del Apóstol y la caridad del cristiano.

La Providencia tenia dispuesto que Ignacio viviese algunos años mas para que sirviese de lumbrera á la Iglesia de Oriente.

Los votos del que sin ser mártir de hecho lo era ya de deseo, se realizaron al fin.

Habia llegado el año noveno del imperio de Trajano. Con las guerras contra los dacios, los scitas y tantos otros pueblos, la vida de Trajano venia siendo una larga orgía de sangre.

Ébrio de aquella orgía llegó al lugar de la sede de Ignacio, no para descansar de sus guerras, sino para emprender otras contra los armenios y los partos. Tras de esta embriaguez, no tiene nada de particular que el hombre que venia saltando torrentes de sangre, pasando por entre montones de cadáveres, fuese muy diferente de aquel que se le admiraba sencillo, modesto, hasta amable entre los aplausos del Capitolio.

Ignacio temia, no por él; temia por sus fieles, por su amada grey, pues no podia suponer en todos el valor de saber morir por su fe.

Sin ser llamado por nadie se presentó ante el Emperador.

—Si respecto de nosotros, decia Ignacio, viene el Emperador con carácter pacífico, yo le comprometeré á respetar á mi iglesia; si viene fiero le presentaré en mi persona una víctima para que se cebe en ella y no toque á mi querido rebaño.

Conocia perfectamente el santo Obispo el carácter del emperador de Roma. Habia en él dos hombres; humano el uno hasta un extremo que no se concebía en aquella época, duro el otro hasta llegar á la crueldad.

A no presentársele en persona el obispo de Antioquía, el Emperador no le hubiera llamado. Sabia que en las luchas con los héroes de la fe, á pesar de toda su fuerza material, habia de salir vencido; y Trajano no se resignaba á que nadie le venciese. Su propósito consistía en hacer como que los cristianos le pasaban desapercibidos no dándoles importancia.

Pero era el Obispo quien iba á la casa del Emperador, era Ignacio quien le decia: A pesar de tu desden, nosotros existimos, obramos, somos una fuerza.

La presencia de Ignacio fue para Trajano una muralla levantada en su camino de triun-



fador, y que le venia á decir : Hay unos hombres modestos, oscuros, sin armas, de los cuales no triunfarás nunca. Trajano era un hombre que los obstáculos que encontrara en su camino los habia de arrollar, por mas que el mundo se hundiera. Por otra parte, para él el Cristianismo tenia el carácter de una potencia extranjera, y Trajano, todo lo que tenia de benévolo para los romanos, lo tenia de feroz para los extranjeros.

Ignacio se presentó humilde, llevando en su rostro marcada la mansedumbre propia del discípulo de JESUCRISTO. El Emperador ante el Obispo era el lobo ante el cordero.

Tenemos á la vista las cartas escritas por el virtuoso pastor y las narraciones de sus compañeros de sufrimientos, que vamos á reproducir con su atractiva ingenuidad. Dice así el diálogo copiado al pié de la letra :

—¿Quién eres tú, dijo el Emperador, estallando en ira ; quién eres tú, mal demonio, que desobedece mis órdenes y enseñas á los demás á que las desobedezcan para perderles?

Con acento grave, pero respetuoso ; con un tono lleno de dignidad, contestó el Obispo :

—Hasta ahora nadie ha llamado á Teóforo mal demonio ; al contrario, los demonios huyen ante el servidor de Dios. Si hubieses dicho que soy malo respecto á los demonios porque soy su enemigo, tendrias razon. Súbdito de CRISTO, Rey de los cielos, me complazco en desbaratar los complots infernales.

—¿Y qué quiere decir esto de Teóforo? preguntó con afectado desden el Emperador.

—Teóforo es el que lleva á Dios en su corazon.

—¿Por ventura no somos nosotros los que llevamos con nosotros á los dioses, pues ellos nos dan la victoria?

—Hé aquí los demonios, Trajano ; pues tales son esos dioses que tus pueblos adoran. No hay mas que un solo Dios, que es el que ha hecho el cielo, la tierra, la mar y todo cuanto contienen ; y no hay mas que un solo JESUCRISTO, Hijo único de Dios, de cuyo reino ojalá pueda yo un dia formar parte.

—¿Quieres decir aquel que fue crucificado por orden de Poncio Pilatos?

—Sí, aquel que al morir en una cruz crucificó mis pecados y al autor de mis pecados, que condenó el error y la malicia de los demonios, á quienes ha puesto á los piés de cualquiera que lleve á JESUCRISTO en su corazon.

—Con que tú llevas en tí al mismo Crucificado, añade el Emperador en tono de burla, con el cual trataba de ocultar su mal difrazado enojo.

—Ciertamente, yo lo llevo conmigo, porque escrito está : «Yo habitaré con ellos y con ellos andaré.»

Trajano, sin contestar nada mas, volvió la espalda á su interlocutor, á quien poco despues se comunicó la siguiente sentencia : «Ordenamos que Ignacio, que pretende llevar en sí al Crucificado, sea conducido atado con cadenas á la gran Roma, y que sea allí pasto de las fieras para diversion del pueblo.»

Al comunicársele esta sentencia, Ignacio, lloró de júbilo, cayó de rodillas, y besando las cadenas con que iba á ser atado, exclamó con las manos levantadas al cielo :

—«Gracias os doy, Dios mio, ya que vuestro amor me honra hasta el punto de hacerme llevar estos hierros como Pablo vuestro apóstol.»

El Senado sancionó la sentencia, y aplaudió que su suplicio tuviese lugar en Roma, ya para proporcionar á la ciudad este espectáculo, ya porque de esta manera á una muerte cruel habian de preceder las penalidades de un largo viaje, ya para que obligando al piadoso Obispo á recorrer varias provincias, se justificase la conducta del Emperador ante los que le acusaban de escesiva tolerancia respecto á los cristianos.

Ignacio rogó por la Iglesia ; con oraciones mezcladas de lágrimas la encomendó al Señor, y tomando una actitud noble se colocó entre los encargados de conducirle á Roma (1).

En tristes sollozos se desahogaban los cristianos de Antioquia al ver á su Obispo que

(1) *Act. S. Ignat.*, 1, 2.



iba á despedirse de ellos para no verle mas. Solo Ignacio estaba sereno y hasta alegre.

No sabian aquellos buenos creyentes conformarse con la pérdida de su pastor; pero este les animaba aconsejándoles que pusiesen toda su confianza en el Pastor Supremo JESUCRISTO, que nunca abandonará su grey. El santo Obispo se despidió de ellos echándoles su bendicion. El afecto de los creyentes de Antioquía en favor de Ignacio era tal, que no faltaron muchos que llenaran de dinero á los agentes del Emperador que le acompañaban, á fin de que le tratasen bien durante el camino.

Ignacio dió un postrer adios á su tan apreciada Antioquía, cuya sede habia regido por espacio de cuarenta años.

Dominado de una especie de fiebre de sufrir por JESUCRISTO, pasó por tierra de Antioquía á Seleucia, donde se embarcó.

En Esmirna á aquel reo, á aquel hombre condenado al último suplicio, le aguardaba una recepcion triunfal. No era únicamente el obispo Policarpo, discípulo como él, de san Juan; eran comisiones de todas las iglesias de Asia, enviadas para saludarle á su paso. Los simples fieles se confundian con los diáconos, con los presbíteros, con los obispos llegados de Éfeso, de Tralles, de Magnesia, quienes al verle se postraban de rodillas á sus piés para besar las cadenas del mártir. *Él, dicen las Actas, al hacerles participes del don de Dios, les pedia que ayudasen su constancia por medio de oraciones (1).*

Y dirigiéndose á su amigo el obispo de Esmirna le decia:

—Pide que los dientes de las fieras me hagan desaparecer de la tierra, para aparecer á la presencia de CRISTO.

La iglesia de Éfeso estaba allí representada en la persona de su Obispo. Por conducto de este les mandó una carta en que les decia: «No pretendo daros lecciones, como si yo valiese algo. Se me ha cubierto de cadenas en nombre de JESUCRISTO; pero no es porque yo sea perfecto todavía en JESUCRISTO. Apenas empiezo á ser su discípulo, y si me dirijo á vosotros, es porque todos somos servidores de un mismo Maestro... Entre tanto, ya que la caridad no me permite que me calle, dejadme exhortaros á que permanezcais unidos en la doctrina de Dios... Sed á manera de un coro armonioso en que todas las voces reciben acordes la divina melodía y cantan en conjunto dirigiendo á JESÚS un himno al Padre... Rogad tambien, rogad sin cesar en favor de los demás hombres. Á su cólera responded con vuestra dulzura, á su orgullo responded con vuestra humildad. Á sus injurias oponed vuestras oraciones, contra sus errores la firmeza de vuestra fe, contra su crudeza vuestra mansedumbre... Imitad al Señor. ¿Quién como Él ha sido víctima de tantas iniquidades, de tanto desprecio, de tanto abandono (2)?»

En sus sufrimientos se acordaba de los de Magnesia para escitarles á la conservacion de la unidad, diciéndoles: «Puesto que formais un solo cuerpo, no tengais mas que una sola oracion, una sola demanda, un solo pensamiento, una sola esperanza en la caridad y en el santo goce. Tened en cuenta que JESUCRISTO es uno y que fuera de JESUCRISTO no hay nada. Congregaos como en un mismo templo, cerca de un mismo altar, junto á un mismo JESUCRISTO, que ha venido de uno solo y permanece en uno solo (3).»

Con su hermosa ingenuidad de alma, escribe á los de Tralles, diciéndoles: «¿Me será lícito hablaros de las cosas celestiales? Mas temo perjudicar á vuestras almas, muy sencillas todavía. Os pido perdou por ello... Por mas que gima abrumado bajo el peso de las cadenas, por mas que haya podido conocer algo de las cosas del cielo, los lugares que ocupan los ángeles y las potestades, con todo aun no llego á ser un verdadero discípulo. Me falta mucho para no estar todavía muy léjos de Dios... Hasta me avergüenzo de llamarme obispo; soy el último de todos (4).»

(1) *Act. S. Ignat.*, 3.

(2) *Ignat. ad Ephes.*, 3, 4, 10.

(3) *Ad Magn.*, 7.

(4) *Ad Trall.*, 2.



Conoce lo que vale la humildad, procura humillarse ante todos, y aunque aspira con gran ansia al martirio, hay una cosa que le da particular cuidado; y es que para él el martirio es la mayor de todas las honras, y no se juzga aun merecedor de ella: «Deseo con vehemencia sufrir; pero ¿soy digno (1)?»

Se acerca la hora decisiva, va á lograr la suprema aspiracion de toda su existencia, va á morir mártir; sabe que en Roma se le espera, que se previenen ya para el espectáculo, y teme todavía que le sobrevenga alguna contrariedad. Le precedieron en Roma algunos de sus fieles, y llega á sospechar que unidos á los cristianos de Roma no acaben por impedir su suplicio. Entonces es cuando escribe estas sublimes frases en que tan bien se retrata aquella alma tan anhelante de volar á su Dios.

«Tengo ya felizmente comenzada mi empresa... pero temo una cosa, y es vuestra caridad; sí, llego á temer que vuestra caridad me sea fatal... Nunca se me ha ofrecido ocasion tan magnífica de volar á mi Dios, y si vosotros no os agitais, si vosotros me ayudais con vuestro silencio, jamás habreis realizado para mí una obra mejor... Os pido una sola gracia, y es que me permitais que sea inmolado á Dios, ya que el altar está dispuesto... Dejadme servir de alimento á las fieras ya que este es el camino por el cual he de llegar á Dios. Soy el trigo de Dios; es menester que sea triturado por los dientes de las fieras, á fin de que yo pase á ser el pan inmaculado de CRISTO. Sé que no puedo hablaros con la autoridad de Pedro y Pablo; ellos eran apóstoles, yo no soy mas que un pobre reo; ellos estaban emancipados y yo no soy mas que un esclavo. Pero si sufro el martirio, seré el emancipado de JESÚS y resucitaré libre en JESUCRISTO.»

Luego añadía: «¡Cuándo llegaré á gozar de las fieras que me están preparadas! ¡Ojalá que las encuentre bien dispuestas! Yo las halagaré, á fin de que se den prisa á devorarme y no retrocedan delante de mí, no me tengan miedo, como lo han tenido delante de otros. Si retroceden, yo las obligaré á que me embistan... Os pido mil perdones. Yo sé lo que me hace falta. Ahora empiezo á sentirme discípulo de CRISTO. Que ningun ser visible ó invisible me tenga envidia de llegar hasta JESUCRISTO. Llamas y cruz, ataque de fieras, rotura de huesos, destrozo de miembros, que vea aplastado mi cuerpo, que los espíritus malos preparen su tortura contra mí, con tal que yo obtengairme con JESUCRISTO.

«¡Ando buscandó á Aquel que murió por nosotros! ¡Ando buscando á Aquel que resucitó por nosotros! La hora de mi nacimiento se acerca, no me impidais el vivir; no me obligueis á morir. Quiero estar con Dios; no me entregueis al mundo... Permitidme que sea yo el imitador de los sufrimientos de mi Dios. Si alguno posee á Dios en sí mismo, que comprenda lo que yo deseo y se compadezca de mí al ver mis angustias. El príncipe de este mundo quiere arrebatarme esta dicha; que nadie de vosotros le preste su ayuda. Ayudadme á mí; es decir, ayudad á Dios... Sedme propicios, á fin de encontrar á Dios propicio... Si soy admitido á sufrir, será que vosotros me habréis amado; si se me rechaza, seria que vosotros me habríais odiado (2).»

Tales eran las frases con que expresaba su deseo de morir por JESUCRISTO aquel venerable varon, que temia que el afecto que le profesaban sus fieles no llegase á ser un óbice para que él obtuviera tan anhelado fin.

Los gentiles no hubieran comprendido este lenguaje; quizás hubiera merecido para ellos la calificacion de arrebatado de locura. Era la locura de Cristóbal Colon cuando anunciaba un Nuevo Mundo. Por mas que los otros no lo viesan, él este Nuevo Mundo lo veía, á través de larguísima distancia lo estaba tocando; hé aquí su anhelo, su fiebre, su frenesí para entregarse á placer de los elementos, para esponerse á toda clase de contrariedades con tal de poder pisar al fin la suspirada playa. Ignacio estaba viendo tambien este cielo que tanto an-

(1) Ad Trall., 5; Ad Ephes., 1.

(2) Ad Rom., 1, 2, 4, 8; Act. S. Ignat., 4.



siaba; á pesar de la distancia que lo separaba de la tierra, él lo tocaba también aquel cielo; hé aquí cómo se explica semejante modo de hablar.

Era todo esto el efecto de los horizontes desconocidos que la religión cristiana acababa de abrir al mundo con toda su esplendidez.

Para la religión gentilica todo acababa en la lobreguez de una tumba; pues si bien es cierto que el instinto de la inmortalidad había hecho que las religiones falsas trataran de alumbrar las tenebrosas regiones de la muerte con la luz de sus Campos Elíseos, era una luz débil para la mayoría, apagada para muchos, incapaz de alumbrar á nadie, á causa de sus tibios resplandores. El horizonte de la inmortalidad del Cristianismo acababa de alumbrarlo con el sol de las grandes esperanzas; hé aquí por qué los santos ardían en deseos de salvar la valla que les separaba de aquel mundo que ellos estaban viendo.

Así se explica esa pasión nueva que apareció en el género humano, la pasión sublime de querer morir por Dios. El soldado, el ciudadano en el mundo antiguo quería morir por su patria, porque creía en la patria; la fe en Grecia era la única fe del griego, como la fe en Roma era la única fe del romano. Todo lo demás, templos, dioses, no era otra cosa que el complemento de la entidad patria, del único ideal que alentaba aquellos espíritus ó conmovía aquellos corazones. Se sacrificaban por la patria porque creían en la patria; no se sacrificaban por Dios, porque en Dios no creían. El Cristianismo enseñó á creer en Dios, y cuando el hombre aprendió á creer en Dios aprendió á sacrificarse por Él.

En Esmirna la permanencia del Obispo iba alargándose mucho, cuando los agentes de Trajano que conducían al venerable Obispo se acordaron de que Roma para las próximas saturnales (1), fiestas sigilarias; para aquella bochornosa bacanal en que se entretenía á la abyecta plebe, permitiéndola hundirse en el lodo de las pasiones más vergonzosas á fin de que se dejase explotar por el despotismo de sus tiranos, se le había prometido al pueblo la diversión de echar á los leones al obispo de Antioquía.

Fue conducido por mar á Troade, donde le esperaba el obispo de Filadelfia, el mismo probablemente á quien el Señor había dicho, según el Apocalipsis: «Yo conozco tus obras... Tú has guardado mi palabra y no has negado mi nombre... Y porque tú has guardado la palabra de mi paciencia, yo te guardaré en la hora de la tentación, que ha de venir en todo el mundo para los que moran en la tierra... Guarda tu tesoro para que ninguno tome tu corona (2).»

Ignacio pudo conocer á este hombre, y escribiendo á los de Filadelfia les manifestaba la impresión que le había producido su Obispo y el concepto en que le tenía. «¡Ah! yo admiro en él esa modestia, ese silencio más elocuente que una vana palabrería. Su vida concierta con los preceptos de Dios como conciertan entre sí las cuerdas de una lira. Mi alma bendice la ciencia de Dios, que reside en él; veo en su inmutabilidad, en su dulzura, la imagen del Dios vivo (3).»

Ignacio deseaba morir por una razón que viene contenida en esta frase suya: «Yo soy el precio del rescate de las almas que me están confiadas.» Creía con su muerte poder salvar su rebaño; asegurar la paz de su Iglesia.

En Troade recibió una noticia que le inundó de extraordinario júbilo. Aun antes de dar por sus fieles el precio de su vida ya les había rescatado. El santo Obispo acababa de recibir la noticia de una gran victoria. Su Iglesia estaba salvada. Para Antioquía la sangre de su Obispo iba á ser la última que se derremase. La persecución había cesado; antes de que se consumara su sacrificio veía abrirse para su Iglesia una era de paz.

(1) Se llamaban *Saturnales* unas antiguas fiestas romanas instituidas en honor del dios Saturno en memoria, decían, de la libertad é igualdad que reinaron en la tierra, durante la permanencia en ella de Saturno, adoptado por Juno. No deja de ser digno de notarse que ya los romanos, la época de la libertad y de la igualdad la relegaran á los tiempos fabulosos. Estas fiestas que se hicieron famosas por el desenfreno que en ellas reinaba, se celebraban todos los años el 17, 18 y 19 de diciembre. Después de las saturnales, seguían las fiestas sigilarias.

(2) Apoc., III, 7 sig.

(3) Ad Philad., 1.







# HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño mas de folio, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro.—Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse.—En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales mas.—Van publicadas 68 entregas.

## HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros dias, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con mas de 1000 bellísimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

## LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco, abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, producción, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega.—A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

## EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta.—Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

## ILUSTRACION RELIGIOSA.—LAS MISIONES CATÓLICAS.

Boletín semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.

## GALERIA CATÓLICA.

Coleccion de litografias representando las principales escenas de la vida de Jesucristo, de su Santísima Madre, de la Iglesia católica y de los Santos: con texto explicativo y doctrinal al dorso de cada lámina, por los Rdos. P. M. Fray José María Rodríguez, General de la Orden de la Merced: D. Eduardo María Vilarrasa, Cura propio de la parroquia de la Concepcion de Nuestra Señora, en Barcelona, y D. José Ildefonso Gatell, Cura propio de la parroquia de San Juan, en Gracia (Barcelona); Monumento elevado á nuestro Santísimo Padre Pio IX, Papa reinante, y dedicado á los excelentísimos é ilustrísimos señores Arzobispos y Obispos de España. Con aprobacion del Ordinario.

Agotada la primera edicion de tan útil como lujosa obra, hemos emprendido una segunda, deseosos de complacer á las muchas personas que nos han indicado apetecian poseerla.—La obra consta de cuatro tomos en folio mayor, á 325 rs. en medio chagrin con relieves y dorados al llano; ó 49 entregas de 4 láminas cada una, á 5 reales la entrega en toda España.

## VOCES PROFÉTICAS

o signos, apariciones y predicciones modernas concernientes á los grandes acontecimientos de la cristiandad en el siglo XIX, y hácia la aproximacion del fin de los tiempos, por el presbítero J. M. Curicque, de la diócesis de Metz, miembro de la Sociedad de Arqueología y de Historia de la Moselle, miembro corresponsal de la Sociedad histórica de Nuestra Señora de Francia. Quinta edicion revista, corregida y aumentada. Traducida al español por el licenciado D. Pedro Gonzalez de Villambrosia, canónigo de la santa Iglesia Metropolitana de Zaragoza, Examinador Sinodal de varias diócesis, Misionero apostólico, etc., etc.

Dos voluminosos tomos en 4.º mayor, á 32 rs. en rústica y 40 en pasta.